

amparo de ideas nunca oídas. Dábales mucho aliento las disposiciones del Monarca doblando los votos del Estado llano. Ante tal dádiva perdía su cabeza el Estado noble. Ya hemos oído en qué són amenazador hablaban los príncipes de la sangre al Monarca francés. Venidos en sus esfuerzos aquende la regia cámara, concentráronlos allende. Los Privilegiados desacataron al jefe de la nación é hicieron lo posible por destruir y desobedecer las ordenanzas que regulaban el llamamiento de los Estados generales. Las resistencias primeras estallaron en Bretaña y el Franco-Condado. Entre aquella variedad anárquica de los antiguos tiempos, gozaban estas regiones de Parlamento propio, y gozaba en este Parlamento de influjo soberano la nobleza. Había, sin embargo, allí la misma división de clases que en los Estados generales de la nación, y mientras el Estado Llano mantenía doble voto acordado á su clase por el Rey, lo combatían las demás clases. Los tribunales entraron en el gran litigio y le dieron la razón así á clérigos como á nobles. El pueblo de Besançon se levantó en armas contra los magistrados, les asedió dentro del palacio de Justicia, y lo hubieran pasado mal si no apelan á los pies, y no corren á un merecido extrañamiento. En Bretaña comenzó la resistencia del noble, desde que supo cómo le proponía el ministro Calonne á los nobles que la nobleza pechase cual pechaba la plebe. En Rennes las discordias llegaron lejos, y los nobles arremetieron á mano armada con los plebeyos. Como unos lacayos de casa grande apalearan á un jornalero demócrata, dejándolo por muerto, se levantó la juventud liberal en armas contra el viejo patriciado, entablado combates, en los cuales corrió la sangre hasta en las losas de los claustros y al pie de los altares. El privilegio no quería morir; y el Estado Llano corría desalado, sin pararse ante obstáculos ni medir dificultades, á la conquista y á la posesión del derecho.

En la mercantil é industrial Nantes protestó á una contra el atentado infame de los nobles toda la juventud liberal. En Argers, hasta las mujeres firmaron los anatemas asettados al patriciado bretón por su atrevimiento. En el Bearnés, en el Delfinado, se había creído por los nobles cosa fácil constituir una especie de federación activa y militante contra los plebeyos. Pero, la unanimidad con que defendían sus derechos los más, asustó á los menos. Lo mismo pasó en Provenza: el empuje de arriba quedó contrastado por la conciencia y reflexiva resistencia de abajo. Reúnense las Asambleas del pueblo, aunque no tenían para ello derecho legal, por no haberse publicado el derecho de convocatoria y fueron disueltas por mandato de los tribunales. Mas no se disolvieron; y, al fin, la obediencia se sobrepuso, no sin que la precediese un verdadero amotinamiento. Los nobles protestaron á una contra las pretensiones del pueblo; los magistrados dieron la razón á los nobles, y con ellos algún que otro prelado, generándose motines, concluidos por avenencias, en las cuales descendían todos los privilegios, y se aumentaban á ojos vistas todos los derechos. El método inglés; un método á lo Montesquieu, y se había impuesto en la convocación el método unitario y uniforme, y el método verdaderamente francés. No se congrega-

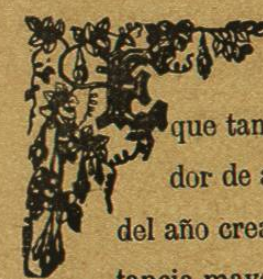
ban, como ahora, los electores todos en un mismo día, iban votando á medida que los llamaban las epístolas convocatorias del Rey. París recibió una ordenanza especial, y votó en día diferente al día ó días señalados para los demás pueblos. La magistratura parisíen dió las correspondientes ordenanzas reguladoras del acto. Abrióse un grande buzón en el Consistorio para que los ciudadanos presentasen sus aspiraciones y sus votos, formulados en debida forma. Tan grande agitación reinaba sobre las gentes que aquel tronco, abierto á las peticiones, concluyó por llenarse de hojas, de folletos y hasta de libros. No promovió los odios é iras en la capital el patriciado que solía promoverse en las provincias. No procedió á la reunión de los plebeyos controversia ninguna con los pueblos. Las clases altas residían en Versalles; y sólo visitaban París para divertirse y holgarse con sus variadas seducciones y goces. Pero Versalles bastaba de suyo á promover el deseo de una reforma hondísima. Los electores iban á los comicios con el propósito irrevocable de tomar todos los abusos, y avivar todos los derechos. Aguijoneaba un tanto la impaciencia popular el comercio de granos, cuyos precios crecían, y cuyas cosechas menguaban, extendiendo por todas partes una espantosa miseria. Así, París presentaba un extraordinario aspecto. Patrullas de la escolta real y de las guardias suizas lo surcaban en todas direcciones; y mientras las mujeres corrían á las iglesias, temiendo el estallido de una revolución formidable, los ciudadanos componían grupos que iban exaltados é inspiradísimos por todas partes á favor de la libertad y del derecho. Las reuniones, revestidas con el carácter electoral concreto, las que podíamos llamar comicios, aspiraban á un presidente, no designado de arriba, elegido por ellas. Al convocar las elecciones generales para los Estados se quiso que, desde los electores hasta sus reuniones, desde los elegidos hasta sus Asambleas, todo fuera libre. Así, no admitieron los oficiales del Ayuntamiento mandados por el Rey; designaron los comicios sus respectivas presidencias. Y, una vez reunidos éstos, organizados en aptitud plena de formular una grande aspiración y emitir un voto reflexivo, nombraron su presidente. Luego decidieron que salieran del recinto, donde se congregaban los plebeyos, todos los nobles. Después trataron de si debían ó no redactar sus peticiones al poder legislativo, y los programas de sus diputados; acordándose con los nobles y los clérigos, ó sin acuerdo de éstos. Y unánime votación acordó que, siendo uno el espíritu de la nobleza con la clerecía, y otro el espíritu de la plebe, no debía ésta inspirarse tan sólo en su propia conciencia, sino en los públicos pensamientos y afectos del pueblo, decidido á reivindicar sus derechos y constituir su peculiarísima soberanía. Por este método se constituyó una comunidad parisíen, Asamblea particular, de donde brotó la nacional Asamblea. Todo el mundo se pasmó de la dignidad mostrada por aquellos congresillos, y todo el mundo vió en ellos la raíz y comienzos del Congreso Nacional ó Central. Veinticinco mil electores populares participaron del comicio, y sólo hubo mil electores del patriciado. Mucha serenidad reinó en los clubs; mucha más en los comicios; muchísima en las reuniones numerosas, compuestas de dele-

gados expedidos por las Asambleas, formando una especie de Municipio central. No había sino razones de alborozo. Mas, alrededor de todas aquellas Asambleas, aparecía una muchedumbre de mendigos y de vagos, que la miseria y el hambre sobrecitaban durante aquel año de muy horrorosa escasez, en que Francia aparecía yerma, y el cielo como de bronce; teniendo que comer los pobres pan de centeno y de avena, que hubieran repugnado las bestias. Cuando se ponían los electores la diadema de su soberanía en las sienes, apenas tenían pan que llevarse á la boca. Y esto complicaba mucho el problema político y mucho agravaba la revolución universal. Así, no es maravilla que alguna vez disparatasen los populares y los representantes del pueblo, siendo acogidos con menospreciativos y desdenosos gestos de aristócratas sus disparates y despropósitos, menos numerosos de lo que prometían la inexperiencia, la ignorancia y la embriaguez reinante en todas las cabezas por aquel supremo período. Uno de los más zaheridos por este desdenoso carácter fué cierto fabricante, á quien amenazaron los electores con cólera, y contra quien arremetieron á una con verdadera furia. Así empezaron por ahorcarlo en efígie y concluyeron por ponerle á saco la casa. Este relámpago, nuncio de la tempestad, no culebreó á los ojos de la corte como un verdadero centelleo de la cólera popular, sino de la conspiración orleanista. Y mientras la corte creía tal cosa; los orleanistas y los populares creían que impulsaba todos estos desórdenes la corte misma, con el deseo mismo de producir una reacción en los ánimos, y justificar un golpe de Estado. Por fin, las elecciones quedan hechas, y concluidas como el Rey las había propuesto á fines de abril; y los Estados generales se hallaron próximos á reunirse, igualmente convocados, y con gran solemnidad reunidos.



## CAPITULO VIGÉSIMO-SEGUNDO

El primer día de los Estados Generales



N verdad, al reunirse los Estados Generales, la existencia de una entidad nacional se reveló á los ojos de todo el mundo. Cuando Taine, que tanto escarba en el espíritu y tan hondos filones encuentra, gran historiador de artes y letras, muy contestable historiador de política, se halla frente del año creador, que en los Estados Generales se congregaron, [concede importancia mayor, para explicar la intervención del pueblo, al hambre de los estómagos que al hartazgo de las conciencias. Y sin embargo, aunque la carestía de todo llevaba la miseria desde las cumbres á los abismos sociales, el ideal brilla en las frentes y el interés no embarga los ánimos como en otras fases del genio francés á en otros momentos del tiempo histórico. Taine lo reconoce, al hablar de ciertas esperanzas misteriosas extendidas por todas partes y decir cómo convertían en riqueza de aspiraciones al progreso los escasos medios encontrados aún en la desolación del suelo y en las plagas del aire para el sustento de la plebe continuo y diario. Nunca se ha visto, como entonces, la correlación del concepto abstracto con el sentido común; y nunca descender las ideas al pueblo y subir el pueblo al ideal como en esta crisis genésica de la revolución por excelencia humana. Cuando se llamó el voto público á la expresión de sus pensamientos fundamentales, parecía que cada francés llevaba su respectiva fórmula del derecho nuevo en la mente y su verbo progresivo en la lengua. Ningún estudio tan curioso como el prestable á las peticio-